



Leif Garrett

en el dormitorio

de mi hermana

Ignacio Elguero

AE
& I




Ignacio Elguero



Leif Garrett en el dormitorio
de mi hermana

La llamaban Zira, pues tenía cierto parecido con la mona que le daba un beso a Charlton Heston en *El planeta de los simios*. Su nombre es Teresa.

La habitación está en silencio, como aislada del mundo. Es junio. Las persianas a medias dejan que la luz dibuje espacios por las estrechas rendijas de la madera. Levemente entreabierta, la ventana permite el paso del viento blanco de la tarde. Es el escenario perfecto: la calma del orden, un orden único, privado. Casi un universo.

Teresa se sienta sobre la cama, despacio. El tiempo parece que habitara cada punto luminoso que cruza de un lado a otro su dormitorio: rejas de luz de un templo que va a ser en breve desacralizado.

Se tumba con suavidad sobre la colcha, como si evitase arrugarla. Mira las manchas del techo, las paredes, los muebles. Todo se vuelve transparente, incorpóreo, como el eco de un vuelo.

El timbre de la puerta de la calle rompe la quietud de la escena. Parece un llanto.

—Ya abro, hija. Serán los de tu mudanza.

Teresa se frota los ojos, se incorpora, levanta la persiana.

La luz, como quien invade un lecho, entra plena, gozosa; da forma y color a los objetos. La madre se dirige hacia el telefonillo del portero automático.

—¿Sí?

—Mudanzas Express, señora.

—Bien, les abro.

Cuatro jóvenes, con excesivo alboroto, suben provistos de cajas, cuerdas y papel de embalaje. Teresa les recibe en la puerta.

—Acompañenme, todo lo que hay que recoger está en aquella habitación: el armario, la cama, la mesilla y las cajas embaladas junto a la pared. Unas son de libros, otras de discos de vinilo. He puesto un aviso de «frágil» para que lo tengan en cuenta.

—No se preocupe. ¿Está vacío el armario, señora?

—Sí, sí.

A sus cuarenta y nueve años, a Teresa le sigue chocando que la llamen *señora*. Posiblemente, a los ojos de esos jóvenes no sea más que una señora, una mujer madura, pero ella se siente joven, casi tanto como aquellos mozos. Como si el tiempo fuese algo que les sucede a los otros.

Los muchachos van vaciando rápidamente el dormitorio. Solo queda por abordar el armario. Tres de ellos agarran a pulso el pesado mueble de roble.

—No se puede desmontar, es una sola pieza, chicos —se dicen.

Comienzan la maniobra. Teresa observa la escena con curiosidad. ¿Cómo harían para sacarlo? ¿Cómo había entrado en aquel cuarto, por aquella puerta? ¿Cuándo?

Para ella era simplemente su armario, el armario de su dormitorio, eterno, infinito. Había nacido con ella. Nunca

se había preguntado por su origen. ¿Cuándo lo compraron sus padres? ¿Acaso era una herencia de familia? Recuerda el día que lo movieron de pared a pared para acomodar una mesa de estudio. Pesaba mucho, demasiado, como les pesaba ahora a los mozos de la mudanza.

Lo giran. Vuelven a girarlo, otro giro, y otro. Se roza en un lado, levemente. Sale. Lo sacan. Es el último objeto, el viejo barco que abandona un muelle. El cuarto queda vacío.

De pronto, Teresa compone una simpática mueca de sorpresa. Sobre la pared, oculta desde hacía años por el viejo mueble, aparece descolorido, cubierto de polvo y salpicado de pintura un viejo póster de Leif Garrett.

El tiempo detenido. La vida estancada en aquel póster. Un rincón del pasado, intacto, puro; pintura rupestre, galería de los recuerdos. Leif Garrett vivo, como ella; joven, como su pasado: el tiempo ido.

Por un momento, Teresa percibe que el efebo le habla. Quizá aquella imagen del dorado muchacho, sujeta a la pared por antiguas chinchetas de colores y oculta durante tanto tiempo, fuese ahora el ancla de la vida, o tal vez lo contrario, la señal inequívoca de que todo se acaba: la juventud, los padres, los amigos, la propia vida, que se va pasando más deprisa de lo que uno pensaba.

II

—Me toca a mí. Quita eso.

—No, estoy yo, te esperas.

—Yo llegué antes, pero me fui a buscar el disco a mi cuarto, así que quita el tuyo.

—No, te esperas a que acabe.

*Yes, my heart stood still,
yes, her name was Jill,
and when I walked her home,
Da doo ron ron ron da doo ron ron...*

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Mamá, Teresa no me deja escuchar mi disco de Shaun Cassidy.

—Que lo quite, yo llegué antes.

—Bueno, bueno, deja que tu hermano ponga el suyo y luego tú pones el tuyo. Además, hija, ¡ya nos sabemos esa canción de memoria!

—Me da igual, quiero oírla otra vez.

Teresa apretó contra su pequeño pecho adolescente el single *I Was Made for Dancing*, de Leif Garrett, y suspiró como la colegiala que era, con un ademán ingenuo y dulce.

—Además, mamá, he visto cómo le daba un beso al póster de su cuarto.

—¡Tú te callas, niño, o te la cargas! —gritó Teresa al tiempo que le soltaba un manotazo al brazo de la aguja del tocadiscos y se alejaba camino de su cuarto. Su hermano, enfurecido, le gritaba toda serie de insultos, alzando la voz sobre los compases rayados del *Da doo ron ron, da doo ran ran* de Cassidy.

—¡Asquerosa, imbécil, me lo vas a pagar!

—Y tú eres un mariquita. ¡Te gustan los rubios! ¡Marica, marica, maricón!

Teresa cerró la puerta de su cuarto de un portazo y echó el pestillo. Suspiró varias veces y cogió aire para recobrar la calma. Luego se colocó frente al póster del ídolo quinceañero, que ocupaba media pared frente a la cama, y comenzó a despojarse del uniforme del colegio. Completamente desnuda, lo miró cara a cara.

—Ahora ya puedes hacer conmigo lo que quieras...

*I was made for dancing
All, all, all, all night long
Yes, I was made for dancing
All, all, all, all night long.*

—Así, así, bien, sigue, sí...

—No vendrán tus padres, ¿verdad? Ahh... ahhh...

—No... Ahhh..., sí, sigue...

—¿Sí o no?

—No, tonto, no pares ahora... Ahh, ahhh.

El joven succionó los pezones de Teresa, agarró sus nalgas con ambas manos y aceleró sus movimientos, de adelante hacia atrás. Ella, tras seguir su ritmo durante unos ins-

tantes, se sacudió por el orgasmo. Él, superado el vértigo del dormitorio en casa ajena, logró el suyo unos segundos más tarde. Tras yacer un breve instante sobre ella, desmadejado, se retiró a un lado de la cama con la delicadeza propia del momento. Le besó las mejillas y los hombros; luego los pechos y el ombligo, después el sexo. Se quedó boca arriba, mirando el techo, como ella. Tras resoplar un par de veces, como un pez que boquea, volvió a las obsesiones del intruso, del ladrón, del furtivo.

—¿Seguro que no vendrán tus padres?

—¡Qué pesado! Te digo una cosa, Julián: no te vuelvo a subir a casa, siempre estás con lo mismo. ¿Acaso crees que a mí me gustaría que me pillaran contigo en la cama?

—Ya, pero suponte que un día llegan antes de tiempo y nos pillan.

—Pues nada, les diría las cosas como son: «¡Hola, papá! ¡Hola, mamá! ¿Qué, ya estáis aquí? Veréis, me vuelvo a mi cuarto, es que estoy follando con Julián. Hoy no le ha dejado el coche su padre y no teníamos dónde hacerlo». ¿Qué te parece?

—Muy graciosa.

Teresa se levantó, sacó unas bragas blancas del armario y se las puso. Luego una camiseta de color rosa claro. Tiene su cuerpo era delgado, atractivo, con curvas muy definidas. Pechos medianos, de pequeños pezones, bien alzados, y una relación cadera-cintura equilibrada, que le daba encanto a su figura. Sin exageraciones. Deseable.

—Venga, Julián, vístete y vete. Mañana no quiero pasarme el domingo con sueño y con resaca, que el lunes tenemos examen de Penal. Además, pueden llegar mis padres... —rio.

Julián se incorporó con la pereza propia del ocioso y se sentó en la cama. Tras pasarse las manos por el rostro, espabilándose, se atusó el pelo. Miró al frente.

—¿Hasta cuándo vas a tener ese póster de Leif Garrett ahí clavado? ¿No crees que ya eres mayorcita? ¡A ver si me voy a tener que poner celoso!

Teresa le sacudió en la cara con la almohada.

—Venga, vete. Lo tendré hasta cuando quiera.

Y le susurró algo al oído:

Moonlight dancing...